



Antiguo convento de La Enseñanza

Iniciativas femeninas en la ciudad novohispana



Iniciativas y empresas de mujeres en la ciudad novohispana

A LA HORA DE RECONSTRUIR LAS DISTINTAS CAPAS HISTÓRICAS DE LA ciudad es importante permanecer atentos para aquilatar los aportes fundamentales de pobladores originarios, mujeres, migrantes, entre otros grupos sociales, que a veces son pasados por alto. En este número invitamos a los lectores a conocer las iniciativas de dos mujeres novohispanas que dejaron marcados sus nombres en la memoria de la capital. A través de sus biografías podemos conocer algunos aspectos de su vida cotidiana y las raíces de un recinto arquitectónico tan relevante como el Colegio y Templo de La Enseñanza. Son casos particulares, pero el trasfondo cultural se deja oír a través de ellos.

Adicionalmente, nos complace informar a los lectores que con esta edición llegamos a los doscientos números de *Km Cero*. Nos honra mucho contar con su atención e interés, sin los cuales nuestra labor carecería de sentido. Nunca está de más compartirles nuestro más sincero agradecimiento. También saludamos con cariño a quienes han contribuido a la creación de estas páginas, a través de crónicas, fotografías, ilustraciones, recomendaciones, artículos, testimonios, arte gráfico y ensayos: algo que deja en claro que nuestro patrimonio es plural y está vivo gracias a la diversidad de voces que lo integran. Esperamos que disfruten de su lectura.

Los editores



En portada

Templo de la Enseñanza
POR ALEJANDRA CARBAJAL



En contraportada
El Centro ilustrado
POR AMANDA MIJANGOS

Km Cero ES UNA PUBLICACIÓN MENSUAL GRATUITA EDITADA POR EL FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO. AÑO 17, NÚMERO 200
FECHA DE IMPRESIÓN: 20 DE AGOSTO DE 2025

La reproducción de imágenes de la sección especial sobre los 700 años de la fundación de Tenochtitlan fue autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Toda reproducción de imágenes de monumentos arqueológicos, históricos y zonas de dichos monumentos está regulada por la Ley Federal sobre Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos y su Reglamento, por lo que necesita los permisos y las autorizaciones correspondientes.

Clara Brugada Jefa de Gobierno de la Ciudad de México • **Loredana Montes** Directora General del FCHCM • **Anabelí Contreras** Coordinadora de Promoción y Difusión del FCHCM • **Jorge Solís** Director editorial • **Laura A. Mercado** Diseño y formación • **Alejandra Carbajal** (pp. 14-17, 19-23) y **Gustavo Ruiz** (pp. 5, 18) Fotografía • **Patricia Elizabeth Wocker** Corrección de estilo • **Montserrat Mejía** Asistente • **Alicia Rosas** Coordinación de Niños • **Francisco Delgado Meza, Víctor García Bernal, Amanda Mijangos, Emiliano Ricardo Melgar Tísoc, Alejandra Muriel del Valle, Reyna Beatriz Solís Ciriaco, Julio Miguel Velasco y Carina Víquez** Colaboradores

REDACCIÓN: República de Brasil 74, segundo piso, Centro Histórico, Cuauhtémoc, 06010 •
Teléfonos: 55 5709 6974 | 55 5709 7828 | 55 5709 8005

IMPRESIÓN: COMISA. General Victoriano Zepeda 22, Observatorio, Miguel Hidalgo, 11860 • **Teléfono:** 55 5516 8586

Número de certificado de reserva 04-2016-041412402300-102

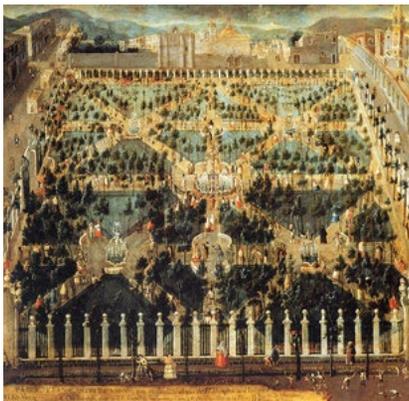
Consulta todos los números





02 Voces

Los sismos de 1985



24 CentrArte

Miradas en torno a la Alameda



06 Instantáneas



08 Fundación de Tenochtitlan

Coyoxtauhqui y el Proyecto Templo Mayor

La cerámica prehispánica en el corazón de la ciudad



14 A fondo

Antiguo convento de La Enseñanza



28 Cartelera



32 Niños



Avenida Juárez

Septiembre de 1985: caída y renacimiento de la ciudad

POR JULIO MIGUEL VELASCO
FOTOS: COLECCIÓN VILLASANA

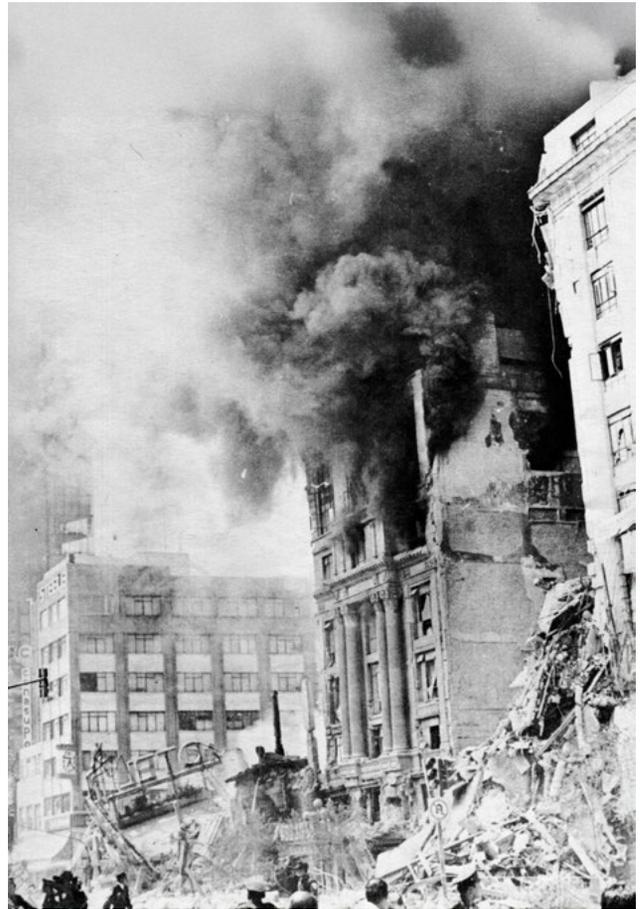
Hace cuarenta años se vivió uno de los eventos que marcaron más drásticamente nuestra historia. De las ruinas de aquel trágico momento surgió una ciudad con vocación por transformarse.



Edificio Aztlán



Hospital Juárez



Hotel Regis

EN EL CALENDARIO CÍVICO DE LOS CAPITALINOS, pocas fechas tienen más peso que el 19 de septiembre. Y no es para menos, si consideramos lo ocurrido en 1985. Como nos recuerdan las crónicas y los testimonios de aquella época, en la mañana de aquel jueves negro el orden habitual de las cosas parecía seguir su marcha. Las calles se iban congestionando por los autos, las personas pasaban por un café antes de seguir apresuradas hacia sus centros de trabajo, uno que otro vecino estaba ocupado en el ejercicio matinal, los vendedores comenzaban sus rutas y algunas personas dedicadas al hogar alistaban a los más pequeños o se preparaban para ir al mercado; unas escuelas estaban ya en labores, mientras que en los patios de otros colegios el minutero del reloj se iba acercando al momento de dar la campanada para iniciar las clases.

Cuando el reloj marcó las 7:19 horas, el suelo despertó violentamente. Empezaron a vibrar muros y cristales, las farolas y postes de la calle se mecían cada vez con mayor fuerza. Unos segundos después todo se volvió una pesadilla. Los edificios crujían, como si sus entrañas se estuvieran lamentando. Se cortaron prácticamente todas las líneas telefónicas y se suspendió el servicio de energía eléctrica; más tarde también se cortó el suministro de agua. Durante cerca de dos minutos, se registró un sismo de 8.1 grados Richter, con epicentro en las costas de Guerrero y Michoacán y cuyos efectos fueron devastadores. Para aquel momento, se calculaba que la población que residía o circulaba en la capital y su área metropolitana rondaba los dieciocho millones de personas, así que no es de extrañar que varios de los daños principales se concentraran aquí.



Población ayudando en tareas de rescate



Conjunto Pino Suárez

Las zonas más afectadas fueron, especialmente, aquellas donde antes se asentó el lago de Tenochtitlan o los suelos fangosos de sus alrededores. El Centro Histórico tuvo varias de las afectaciones más graves, junto con varias zonas cercanas, como Tlatelolco, Santa María la Ribera, las colonias Guerrero, Doctores, Roma, Obrera, Condesa y Narvarte.

En cuanto el movimiento cedió, comenzaron a levantarse columnas de humo y polvo. Por las calles, el estruendo de las sirenas de patrullas, ambulancias y bomberos acompañaban los rostros angustiados de la gente, con la incertidumbre de saber cómo se encontraban sus familias, sus vecinos, sus compañeros de trabajo. Ante el nerviosismo de quienes estaban en la calle, sin dar crédito a lo que acababan de padecer, el olor advertía que no podían descuidarse, porque hubo varias fugas de gas, que hacían todo potencialmente más peligroso.

No pasó mucho tiempo antes de que las peores noticias se propagaran: varios centros de trabajo y edificios públicos se vinieron abajo y muchas personas estaban debajo de los escombros. Sobre avenida Juárez, se desplomó el Hotel Regis, que tenía un alto porcentaje de ocupación (a la postre, la cifra de muertos de ese lugar no pudo precisarse, pero de

acuerdo con datos del arquitecto Édgar Tavares López osciló entre setenta y cuatro y ciento setenta y seis personas, entre huéspedes y trabajadores). Y sobre Jesús María se vino abajo la torre del Hospital Juárez, sepultando entre vigas de hierro y restos de concreto a pacientes y personal clínico.

Uno de los derrumbes más recordados fue el del Edificio María Ana Mier, en la esquina del Eje Central con Victoria, donde ahora está una de las entradas del Metro San Juan de Letrán. Era muy popular porque en sus bajos albergaba al café Súper Leche, que abrió sus puertas en 1941, con un aforo para más de cuatrocientas personas. A pocos metros también colapsó la parte superior del Edificio Atlas, también sobre Eje Central e Independencia, en cuyos bajos estaba la tienda de ropa El Escorial.

Algunas de las construcciones más modernas colapsaron o sufrieron daños irreparables. En la parte sur del Centro Histórico una de las que causó más conmoción fue la de las torres del Conjunto Urbano Pino Suárez, en Izazaga; en la parte norte, otra de las que más se recuerdan es el viejo edificio de La Mariscala, a espaldas del Palacio de Bellas Artes, que fue construido por el arquitecto Manuel Ortiz Monasterio.



Plaza Juárez



Plaza de la Solidaridad

Ambas edificaciones dejaron grandes huecos que nos siguen recordando con elocuencia el tamaño monumental de lo que estuvo ahí.

Del otro lado, en la acera sur de la avenida Juárez, se dañaron el Conjunto Alameda, el Edificio Aztlán, el Hotel del Prado, la Casa de Relojes H. Steel & Co. y, en Luis Moya, una de las distintas sedes de la Secretaría de Marina. La Plaza Juárez surgió en el espacio donde varios de estos inmuebles tuvieron que ser demolidos, casi dos décadas después de aquellos trágicos acontecimientos.

Las irreparables pérdidas humanas y materiales a veces nos hacen olvidar que incluso edificios de viviendas que quedaron en pie debieron ser desalojados, porque presentaban peligros, con lo cual muchas familias tuvieron que salir de sus hogares temporal o permanentemente. Según cifras de *El Universal*, en 1985, más de cien mil personas quedaron desplazadas. En el Centro, además, muchos locales tradicionales se resintieron económicamente: durante semanas enteras algunas calles permanecieron parcialmente cerradas, otros establecimientos que estaban cerca de construcciones afectadas tuvieron que enfrentarse al hecho

de que su clientela de toda la vida dejó de visitarlos y, en suma, la dinámica comercial del corazón de la capital se vio profundamente alterada por mucho tiempo.

Pero, como se ha relatado en repetidas ocasiones, no todo fueron daños. En aquellos días surgieron manifestaciones de apoyo que marcaron a la ciudad en sentido positivo: la sociedad civil no tardó nada en hacer brigadas de auxilio, organizar labores de cocina, servicios de enfermería, acopios de alimentos, ropa y medicinas, así como en remover escombros y rescatar cuerpos, levantar bases de datos, restablecer redes de comunicación, entre otras muchas cosas.

De este doloroso proceso surgió no solo una enorme ayuda mutua (la Plaza de la Solidaridad, ubicada en las inmediaciones donde estuvo el antiguo Hotel Regis, conmemora los invaluable gestos fraternos de aquellos días), también se sentaron las bases de una cultura de prevención de riesgos y desastres, que incluye ejercicios cívicos como los simulacros. Asimismo, de manera a veces intangible, los capitalinos mostraron su afán por renovar la ciudad, convirtiéndola en un espacio de derechos; una ciudad más diversa y resiliente, con una vocación abierta ante los cambios por venir. 🌐

La imagen del día

¿Quieres ver tu foto publicada como la #ImagenDelDía?

Anímate a participar.
Solo manda tu fotografía del Centro Histórico con un título a kmcerorevistach@gmail.com



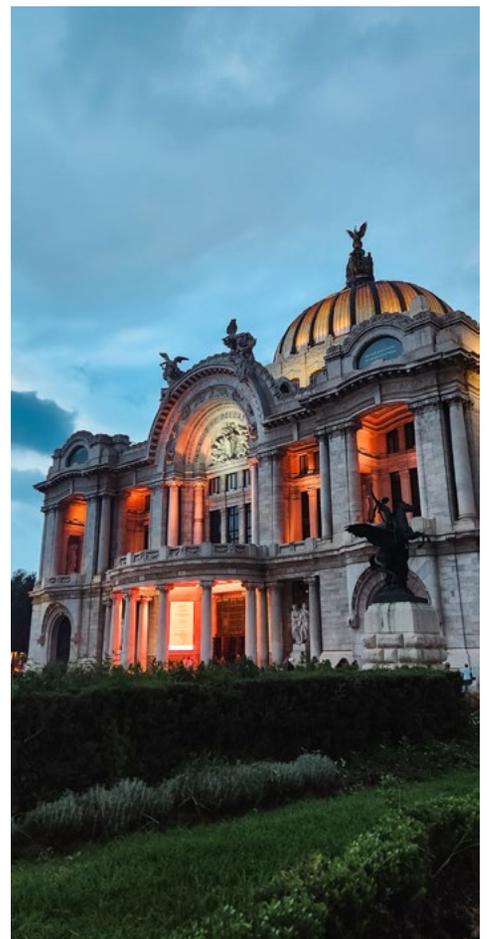
Zócalo, Karen Han Ventura



Colorizada, Homero Beristain Garnica



Alturas de Loreto, César Serrano



Tarde de verano en la Alameda, Jacqueline Ramos



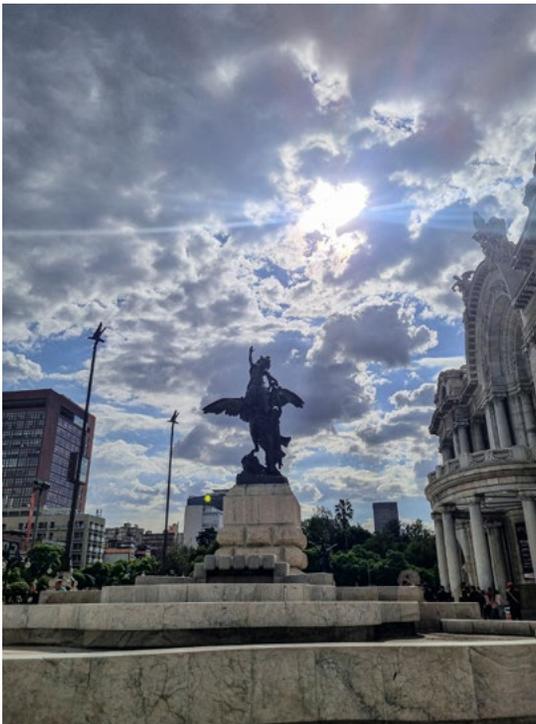
Iglesia de la Santísima Trinidad, Abraham Avendaño



Templo de Santo Domingo, Jefté Aarón Cruz

La ciudad es el cuerpo a donde pertenecemos y, al mismo tiempo, el cuerpo que no dejamos de buscar.

Italo Calvino



Directo al cielo, Laura S. Ángeles



Tarde lluviosa de un verano sin tregua, An Luna Suárez



Coyolxauhqui y el Proyecto Templo Mayor: Miradas renovadas al pasado mexicana

POR REYNA BEATRIZ SOLÍS CIRIACO
Y EMILIANO RICARDO MELGAR TÍSOC

Los especialistas destacan el papel preponderante que ha tenido el Proyecto Templo Mayor, creado poco después del hallazgo del monolito de la Coyolxauhqui, así como otros materiales recuperados que han ofrecido información inédita del pasado tenochca.



Ofrendas asociadas a Coyolxauhqui

EN 1790, DURANTE LOS TRABAJOS DE remodelación de la Plaza Mayor de la Ciudad de México, se dio el hallazgo de la Coatlicue y la Piedra de Sol. Desde ese momento hasta el 23 de febrero de 1978, cuando trabajadores de la extinta compañía de Luz y Fuerza tuvieron el «encuentro accidental» con el monolito de la diosa lunar Coyolxauhqui, la mayoría de esculturas, partes de edificios prehispánicos y demás restos materiales de la antigua capital de México-Tenochtitlan fueron resultado de trabajos aislados y hallazgos fortuitos. Sin embargo, estos ofrecieron, de manera fragmentada, la posibilidad de conocer la historia del recinto sagrado tenochca.

No en vano durante casi cuatrocientos años se creyó que los restos del Templo Mayor estaban bajo la Catedral. En 1912, la integración de datos históricos y arqueológicos permitió a Alfred Maudslay proponer la ubicación correcta del sitio, a casi una cuadra y media de distancia del edificio religioso virreinal. Ello quedó plenamente confirmado en 1978, cuando se encontró el



Analizando la tecnología de Coyolxauhqui

monolito de la diosa lunar asociado a una gran estructura y al pie de sus escalinatas, evocando metafóricamente el nacimiento de Huitzilopochtli como numen solar que derrotó a su hermana lunar y cuyo cuerpo yacía próximo al Templo Mayor. Pero el monolito no estaba aislado, debajo del mismo y en sus cercanías se encontraron diversas ofrendas con una gran variedad de objetos de distinto origen. Entre ellos destacaba una gran lápida de piedra verde con la representación de Mayahuel y un enorme cetro de obsidiana que porta Techálotl, ambos dioses relacio-

nados con el pulque. Esta asociación lunar con la famosa bebida fermentada del agave era conocida gracias a escritos virreinales, lo cual fue confirmado por estos hallazgos.

Los numerosos conjuntos de materiales que se estaban recuperando provocaron un inusitado interés que trascendió el medio arqueológico y despertó a la opinión pública. Ello favoreció la creación del Proyecto Templo Mayor, que surgió ese mismo año a cargo de Eduardo Matos Moctezuma. Desde entonces se convirtió en el parteaguas para el estudio de la capital tenochca.

Fue concebido desde el principio como una investigación a largo plazo en la cual el trabajo de excavación y los análisis de materiales han sido las bases para conocer información inédita acerca de aspectos ideológicos y religiosos de los mexicas. Así, gracias a las distintas temporadas del proyecto, se han recuperado más de doscientas ofrendas y cientos de miles de objetos y restos de flora y fauna. Para resguardar y difundir este numeroso acervo, el 12 de octubre de 1987 se creó el Museo del Templo Mayor.

Cabe destacar que desde el principio llamó la atención la gran cantidad de depósitos rituales dentro de la estructura principal, así como los numerosos materiales procedentes de distintas regiones y temporalidades, los cuales reflejan los alcances imperiales a través del comercio y los tributos impuestos por Tenochtitlan. Por ese motivo Matos estableció en el proyecto que «los análisis de laboratorio serán de gran utilidad para la identificación de la materia prima en que están fabricados estos objetos, además del estudio estilístico de los mismos».

A partir de esa premisa, diversos investigadores nos hemos dedicado al estudio de los bienes ofrecidos a las divinidades: los objetos de estilo Mezcala han sido analizados por Bertina Olmedo y Carlos González; los materiales de concha, por Adrián Velázquez; la fauna, por Norma Valentín y Belem Zúñiga; los cascabeles de cobre, por Niklas Schulze; los jades mayas, por



Analizando la tecnología de Coyolxauhqui

Hervé Monterrosa; las reliquias con tecnología teotihuacana, por Viridiana Guzmán, y la lapidaria de distintos estilos, por Reyna Solís y Emiliano Melgar. De esta manera, se han podido identificar materiales procedentes de lugares lejanos o no reportados en los documentos históricos, como jadeíta de Guatemala y obsidiana de Ucareo en Michoacán y Pico de Orizaba en Veracruz, además de diversas rocas de tonalidades verdes de Puebla y Oaxaca. Del mismo modo se han detectado, a partir de estudios tecnológicos y de procedencia, objetos de mayor antigüedad, como reliquias olmecas en jadeíta azul y piezas pertenecientes a estilos de origen huasteco y zapoteco.

También cabe destacar que se ha podido identificar un importante número de objetos cuya iconografía y tecnología son exclusivas del Templo Mayor, por lo cual dichos objetos han sido denominados de «estilo imperial tenochca». Estos resultados han permitido comprender el papel que desempeñó la ciudad de Tenochtitlan en la obtención de materias primas y objetos desde regiones lejanas, producción de bienes en sus talleres palaciegos a los cuales les imprimía una identidad propia. Estos eran destinados a las ofrendas dedicadas a sus dioses principales, así como también su participación en las complejas redes de circulación de recursos durante el periodo posclásico.

Por este caso y muchos otros más, la arqueología no solamente sirve para corroborar o descartar lo que dicen las fuentes históricas. También permite acceder a nuevas dimensiones y miradas renovadas del pasado de Tenochtitlan, que de otra forma serían imposibles de conocer.

Para finalizar, y como parte de este aniversario de los setecientos años de la fundación de México-Tenochtitlan y de la importancia que tuvo el descubrimiento del monolito de la Coyolxauhqui, los autores de este texto estamos realizando los análisis de procedencia y manufactura de los objetos lapidarios asociados a la diosa lunar, al mismo tiempo que con la arqueóloga Adriana Soto estamos identificando, mediante arqueología experimental y microscopía de electrones, los instrumentos y las técnicas escultóricas empleadas en la elaboración de este importante monolito tenochca. 🍷

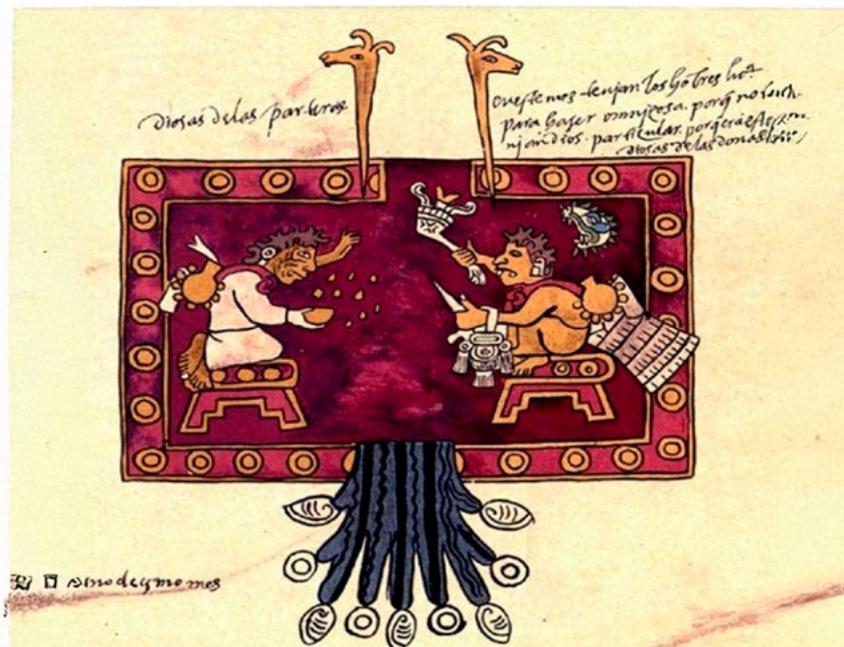
La cerámica prehispanica en el corazón de la Ciudad de México

POR FRANCISCO DELGADO MEZA

Los vestigios materiales que se han hallado en el Centro Histórico revelan rasgos cruciales de la vida en Tenochtitlan, como es el caso de vasijas, sahumerios, jarras o braseros.

BAJO LAS CALLES DEL CENTRO HISTÓRICO de la Ciudad de México se esconden secretos de siglos pasados. Gracias al trabajo del Programa de Arqueología Urbana, dirigido por el arqueólogo Raúl Barrera Rodríguez, se han descubierto miles de fragmentos cerámicos que nos ayudan a entender cómo vivían, celebraban y trabajaban los antiguos habitantes de esta zona, mucho antes de la llegada de los españoles.

¿Por qué es tan importante la cerámica en la arqueología? La respuesta es sencilla: es uno de los materiales que mejor se conserva con el paso del tiempo. Además, nos habla directamente de la vida cotidiana y ceremonial de los pueblos del pasado.



Códice Borbónico (lámina 21)



Códice Mendoza (lámina 58)

Tres usos, mil historias

Los objetos de cerámica se pueden clasificar, de manera general, en tres tipos según su uso: doméstico, ceremonial e industrial.

Doméstico: Son las piezas que se usaban en el día a día para cocinar, servir y almacenar alimentos o agua. Ejemplos comunes son los cajetes (platos), las ollas y las jarras.

Ceremonial: Aquí entran los objetos usados en rituales y festividades, tanto en espacios sagrados como en celebraciones familiares. Entre ellos están los sahumeros, braseros o flautas.

Industrial: Se trata de herramientas para actividades específicas como cocinar o procesar alimentos. Algunos ejemplos son los comales, anafres o recipientes para elaborar sal.

Este tipo de actividades mencionadas se pueden constatar en los códices; por ejemplo, en el Códice Mendoza (lámina 58) se aprecia una escena relacionada con la preparación de alimentos en un cajete trípode (uso doméstico), mientras que en el Códice Borbónico (lámina 21) se observa una escena donde hay unos sabios en su trono; uno de ellos porta un sahumerio con mango de serpiente realizando una ofrenda (uso ritual).



Azteca III negro sobre anaranjado, cajete de paredes rectas



Azteca III negro sobre anaranjado, cajete de silueta compuesta



Texcoco compuesto, cazoleta



Texcoco compuesto, remate de serpiente

Lo que nos cuentan los fragmentos

Gracias a las excavaciones realizadas en el área aledaña a la zona arqueológica del Templo Mayor, se han identificado distintos tipos cerámicos que nos permiten conocer mejor la vida cotidiana de los mexicas. Aquí algunos ejemplos:

Azteca III negro sobre anaranjado: Tipo cerámico encontrado con gran frecuencia, cuyo rasgo decorativo principal son líneas con puntos intercalados, grecas y espirales. Algunas formas características son molcajetes trípodes, cajetes trípodes, cajete de silueta compuesta, entre otras.

Texcoco policromo: Un tipo no muy frecuente, con diseños en tonalidad blanco, anaranjado y negro, que consisten en bandas entrelazadas, espirales, rombos y círculos.



Texcoco policromo, cajete de paredes rectas

Texcoco compuesto: Comprende sahumeros con diseños triangulares que forman cruces en las cazoletas, así como remates de serpientes con moños en los mangos que sirven para sujetarlos.

Estos objetos no solo son bellos, también nos hablan de las manos que los moldearon, de los alimentos que se prepararon en ellos y de su papel como receptáculos para sus dioses. 🍲

Dos emprendedoras novohispanas: María Ignacia de Azlor y Ana Teresa Bonstet

POR CARINA VÍQUEZ

El presente artículo cuenta la historia de quienes impulsaron la creación del antiguo convento de La Enseñanza.

Además, nos permite aquilatar la iniciativa de las mujeres en la historia de la capital.

SEPAN CUANTOS ESTO LEAN QUE PARA LLEGAR AL Centro tengo dos opciones, el Metro o el Metrobús. Cuando me decido por este último, suelo bajarme en la estación República de Chile, y ahí, entre vestidos de novia y la cantina La Dominica, camino sobre la antigua Cerca de Santo Domingo (hoy Belisario Domínguez) y me dirijo a República de Brasil, donde uno de esos portones de madera típicos me da entrada a mi trabajo. Este es mi cotidiano camino, y mientras ando me pregunto cuántas veces María Ignacia de Azlor y Echevers habrá recorrido esta misma calle, Cerca de Santo Domingo, en el siglo XVIII.

¿Y quién fue María Ignacia de Azlor y Echevers? Nacida en 1715 en la Hacienda de San Francisco de Patos, en Coahuila, se conservan pocos datos de su infancia: se sabe que vivió en Coahuila hasta los nueve años, cuando llegó a esta capital con sus padres, y que se establecieron en una casa en la esquina que hoy forman República de Chile y Belisario Domínguez. Su familia materna, por cierto, era una de las más acaudaladas de la Nueva España, pues sus antepasados fueron propietarios de una de las primeras empresas productoras de vinos en el continente americano.

Así, vivió en esta capital de los nueve a los diecisiete años; entonces su familia regresó a Coahuila. Pero su estancia en el norte duraría poco, pues, ante la muerte de sus padres, María Ignacia vino a dar de nuevo a esta ciudad.

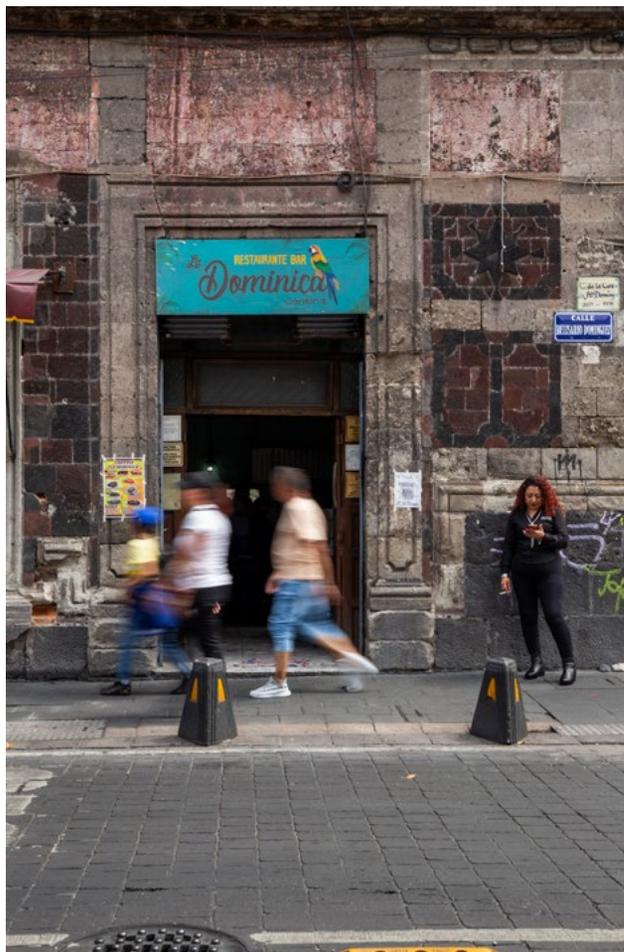




Templo de Santo Domingo

La madre de María Ignacia, mujer devota, le inculcó el amor a la virgen María y la idea de usar su fortuna para fundar una congregación religiosa. Fue así que María Ignacia entró a un convento, hizo votos perpetuos y fundó el Colegio de La Enseñanza, destinado a la educación de las niñas, sin importar su origen o condición social, en la calle de Cordobanes (Donceles). Esa misma edificación ha sido, desde 1943, sede de El Colegio Nacional. Aquí podría terminar esta historia, pero regresaré en lo dicho y lo andado para contarles un poquito más sobre María Ignacia, quien en un lapso de quince años cruzó el Atlántico dos veces, una verdadera proeza para la época, antes de ver en funcionamiento su convento y colegio.

Veamos. María Ignacia pudo tener títulos nobiliarios, incluso pudo haber elegido un marido a la altura de su condición social, pero ella prefirió dedicar su vida a la religión y a la educación de las niñas. Sin embargo, su proyecto no

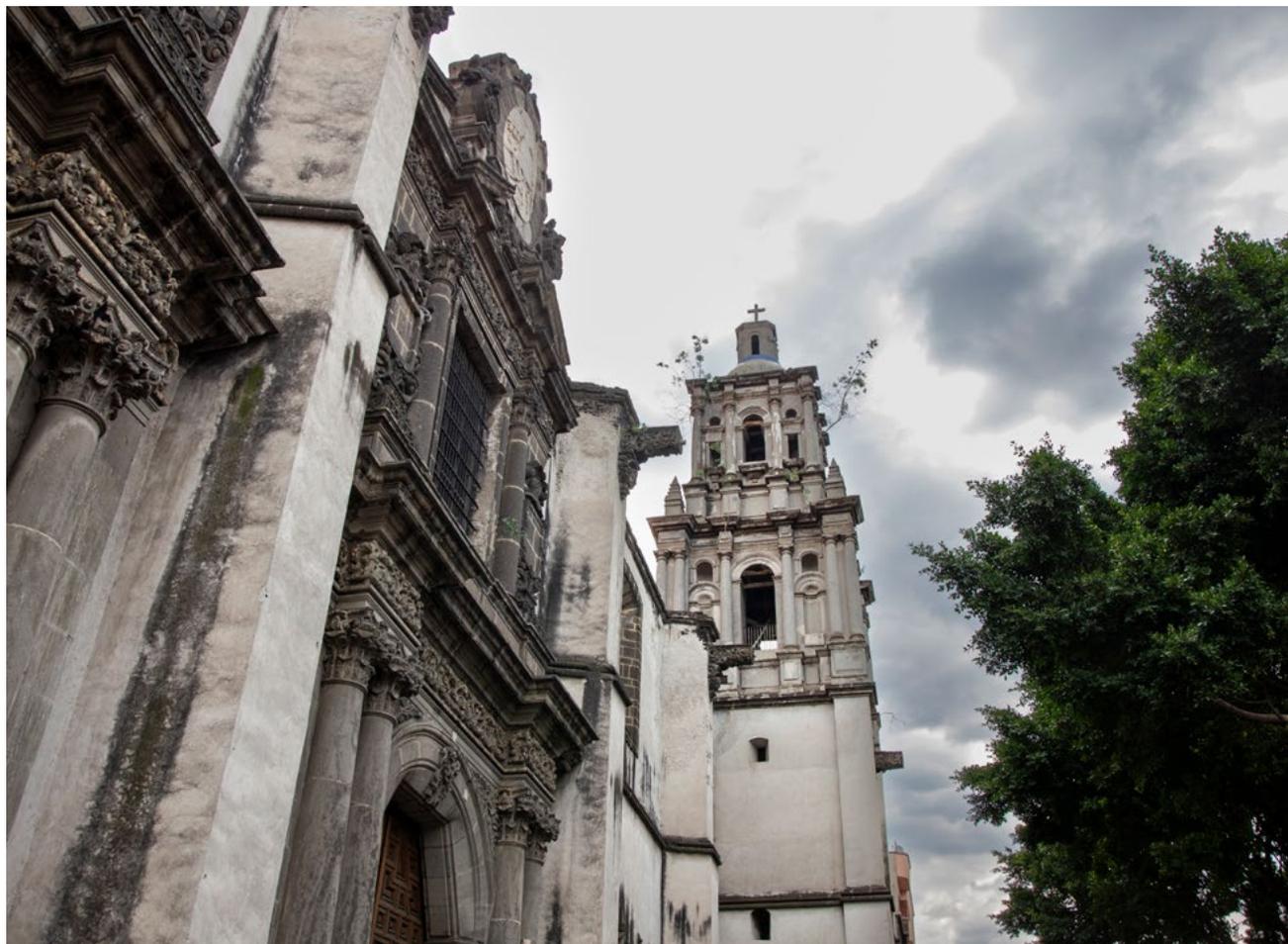


Cantina La Dominica

sería de fácil factura, pues antes debía cumplir una promesa hecha a sus padres: ir a España, conocer a sus parientes y visitar en peregrinación algunos santos y vírgenes.

Luego de establecerse en la capital de la Nueva España, María Ignacia hizo saber a sus allegados que iría a Europa para hacer vida conventual allá. Evidentemente recibió como respuesta una negación rotunda: una joven de su linaje no podría hacer semejante viaje, y la convencieron para que profesara aquí. ¿Y a qué convento creen que entró? A uno en las orillas de aquella antigua capital. Sí, adivinó usted, ese cuyo templo hoy está sobre Belisario Domínguez (en la parada del Metrobús Teatro Blanquita): el antiguo convento de La Concepción, que en aquella época era uno de los más suntuosos. Ahí permaneció dos años mientras amenizaba las tardes tocando el violonchelo.

Como podrán imaginar, esta estancia no minó en nada su convicción, por lo que, contra la opinión de todos, inició



Antiguo convento de La Concepción

los preparativos de su viaje a España. Lo primero que hizo fue un testamento, pues en aquella época los viajes eran riesgosos, más aún para una mujer de veintidós años. Luego tomó una diligencia que la llevó al puerto de Veracruz, junto con su cuñado, un capellán y dos damas de compañía, atentos a incomodidades varias y a posibles asaltos propios de semejante viaje por tierras novohispanas. Una vez en Veracruz, se embarcaron rumbo a Europa en mayo de 1737.

Lo que sucedió en Europa excede estas páginas, pero si quiere conocer más de esta historia puede usted comprar un librito titulado *María Ignacia de Azlor y Echevers*, de Esperanza Dávila Sota, en la tienda del Templo de La Enseñanza. En fin, que, entre mareos y tripulantes, María Ignacia por fin desembarcó en Cádiz, España. Y en cuanto comunicó a su familia peninsular su deseo de profesar, intentaron disuadirla y hasta le presentaron posibles prospectos de marido. Pero como ella era tenaz en sus convicciones, in-

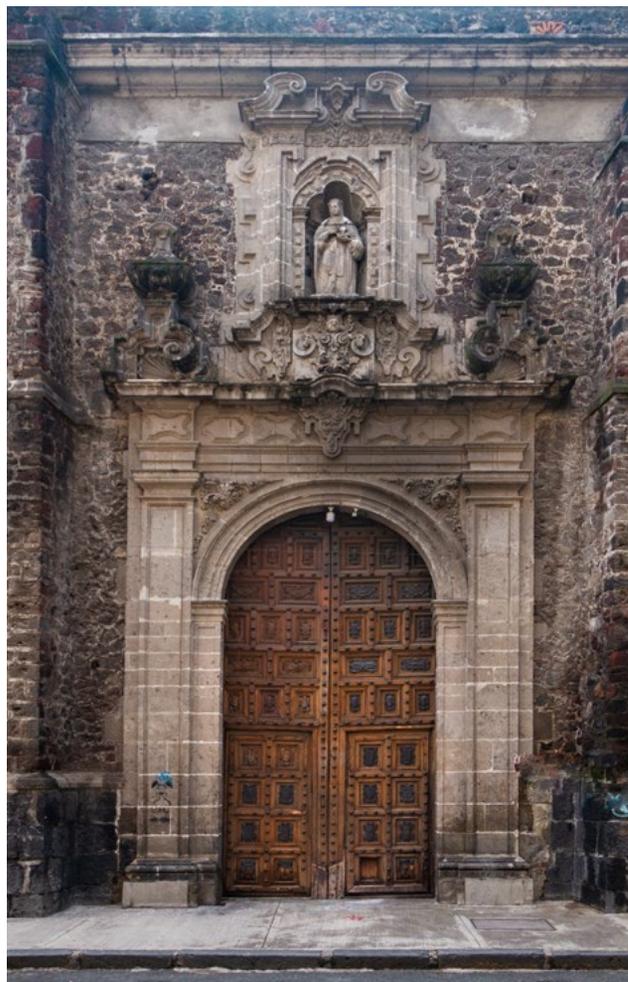
gresó como secular en un convento en Tudela de Navarra; en 1745 tomó los votos perpetuos y aceptó vestir para siempre el hábito negro.

Así, su estancia en Europa se prolongó quince años, tiempo durante el cual consiguió, gracias a la influencia de sus parientes, que el rey Fernando VI, mediante una Cédula Real, otorgara en 1752 un permiso para fundar una filial de la compañía de María en la Nueva España. Ya con permiso en mano, nuestro personaje emprendió su regreso a tierras americanas.

María Ignacia escuchó nuevos reproches: ¡Cómo haría, de nuevo, un viaje tan riesgoso! Gracias al libro *Compendio de la vida y virtudes de n.m.r.m. María Ignacia Azlor y Echeverz*, publicado en 1793, sabemos cuál fue su respuesta. Pretendía regresar a la Nueva España porque, gracias a la riqueza de los recursos naturales en su tierra natal, su familia había hecho una fortuna y ella deseaba retribuir en algo.



San Ildefonso



Santa Catalina de Siena

Así, tras cincuenta y dos días de navegación, llegó a la capital de la Nueva España el 30 de agosto de 1753, acompañada de doce monjas. Fueron recibidas con el tañido de las campanas en varios puntos de la ciudad, mientras se dirigieron hacia el convento de Regina. Ahí se alojaron en lo que se fundaba su propio colegio. De paso, María Ignacia aprovechó para apearse «en la portería del convento de la Concepción a dar un abrazo a la religiosa que la había tenido en su celda cuando estuvo allí de seglar antes de irse a España».

Establecida ya en la capital novohispana, se dispuso a fundar el colegio, pero una vez más halló trabas y pretextos: que si no tenía suficiente dinero o que si las maestras amigas o «maestras de miga» –mujeres contratadas por familias adineradas para enseñar las primeras letras a sus

hijos– se opusieron, argumentando que este nuevo colegio les quitaría su modo de subsistir. Finalmente, contra viento y marea, María Ignacia demostró que tenía la cantidad necesaria para la fundación del colegio, es decir, el caudal que le habían heredado sus padres, resguardado en las arcas del convento de Regina.

Pronto hubo que buscar un lugar para asentar el convento, pero en el siglo XVIII ya no era fácil hallar un terreno de gran dimensión. De cualquier modo, era común que los conventos fueran adquiriendo terrenos colindantes para ampliar espacio, como en su momento lo hicieron San Ildefonso, Santa Catalina o La Encarnación.

Sucedió, así, según José María Marroqui, que un tal don Andrés Otáñez, «dueño de una casa no pequeña en la calle de los Cordobanes, se retiraba a Veracruz» y la puso en



Ex convento de Regina



Donceles

venta. Para imaginar tan solo un poco cómo podían haber sido las calles, así como la casa de don Andrés, podemos decir que, aunque entre los siglos xvii y xviii «se consolidó el urbanismo y la arquitectura barroca», no fue sino hasta 1789 que hubo una mejora en calles y alumbrado y que «se colocaron banquetas de losa y adoquines, y se dragaron acequias y canales navegables», por lo que antes de 1789 era más común el lodo y la inmundicia en los caminos de aquella capital, como lo cuenta Rodrigo García Manzano en *Las casas solas del siglo xviii en la Ciudad de México*.

Respecto a cómo eran las casas, hacia el siglo xviii, según se lee en García Manzano, además de tener una forma rectangular,

las casas de la gente con mayores recursos [como parece ser la de Andrés Otáñez], eran muy amplias

y de dos pisos. Por lo general se accedía a ellas a través de un zaguán que desembocaba a un patio. A su alrededor se distribuían espacios destinados a servicios como cuartos para mozos, cocheras, o bodegas para guardar productos, según fuera la actividad económica de los propietarios. Del patio partía la escalera al segundo piso [...] En el descanso, se abría una puerta para el entresuelo que constaba de varios espacios, utilizados frecuentemente como oficinas y habitación de los empleados. La planta alta, el «piso noble» era propiamente donde habitaba la familia [...] un número variable de cámaras, comedor, cuarto de repostería, cocina, baño, cuarto de asistencia y otros servicios.



Ex convento de Regina

Aunque no se sabe con exactitud cómo era, esta descripción puede dar buena idea de la distribución, en 1754, de aquella casona de don Andrés de Otáñez, que, puesta a la venta, estuvo bajo el interés de varios compradores, pero el dueño prefirió venderla a las monjas.

Entonces María Ignacia inició la adaptación de aquella casa. Sí, adaptación, pues por economía de tiempo y dinero se aprovechó la construcción ya existente. Fue así que, por ejemplo, donde era la cochera se hizo una iglesia tan pequeña que más bien parecía una capilla; de hecho, según relata Marroquí, cabían tan pocas personas que en las fiestas solemnes era indispensable añadir un toldo, que iba desde el portón hasta la mitad de la calle, para cubrir a los asistentes de los rayos del sol.

Respecto a la apariencia de aquella construcción, hay que tomar en cuenta que en esa época era común que, en

general, las casas tuvieran cuartos al interior o accesorias que se rentaban a comerciantes o artesanos para aprovechar y sacar mayores recursos de ellas (en las Vizcaínas aún se distinguen las accesorias). Además, como señala Gisela von Wobeser en su texto *Casas, vecindades y jacales entre 1750 y 1850*, «alrededor de un cuarenta por ciento de los inmuebles urbanos pertenecía a instituciones eclesiásticas, principalmente de conventos femeninos, que vivían de las rentas que producían [y] procuraban sacar el mejor provecho de sus edificios, así que sobreexplotaban cada inmueble y alquilaban todos sus espacios disponibles», por lo que, en general, debemos imaginar una apariencia urbana y una convivencia social distinta a la que vemos ahora.

Luego de haberse hospedado poco más de un año en el convento de Regina, María Ignacia y las demás monjas fueron trasladadas a su convento, muy tempranito, a las



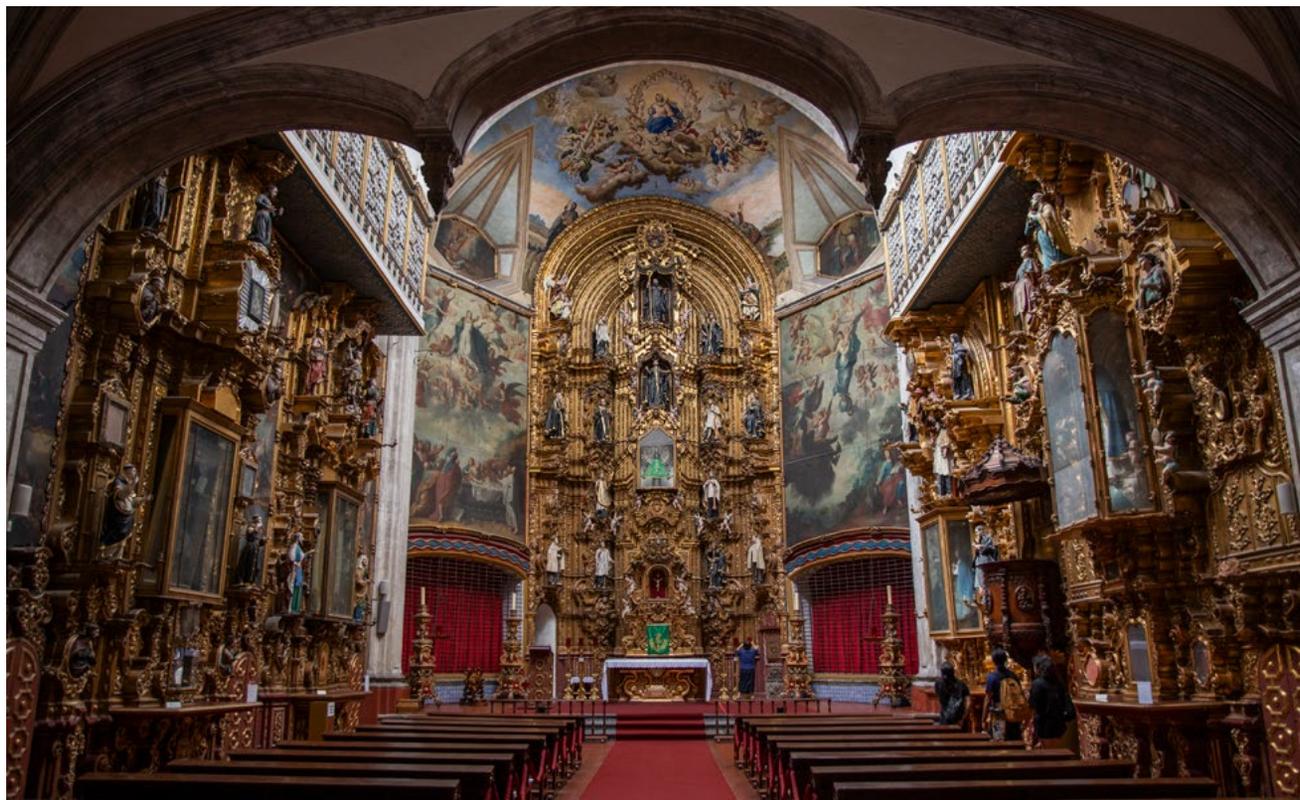
Templo de La Enseñanza

seis de la mañana, en coches que mandó el arzobispo. Y después de cinco meses de trabajos, un tanto provisionales, aquel inicial espacio se inauguró el 18 de diciembre de 1754, con el nombre de Convento de Nuestra Señora del Pilar, de religiosos de la Enseñanza y Escuela de María.

Pronto alojó novicias y niñas, y dio inicio a sus labores con dos grupos de educandas: las internas, que pagaban una pensión módica y recibían alimentos e instrucción relativa a las primeras letras y asuntos femeniles, y las externas, niñas de bajos recursos que asistían a clases en la mañana y en la tarde. Ambos grupos estaban separados, pero recibían la misma educación. Sin embargo, este apenas era el comienzo, pues María Ignacia debía demostrar que su colegio era sustentable; además, deseaba ampliar y mejorar su convento, y como su herencia ya no fue suficiente, vendió joyas y cobró deudas atrasadas para comprar dos terrenos

colindantes. Como señala Marroqui, al comprar nuevas fincas, el convento pudo aumentar sus rentas asegurando así su sustento.

Sin embargo, el tiempo no pasa en vano, y aunque siempre incansable, tan solo trece años después de iniciada su labor, María Ignacia falleció el 6 de abril de 1767, en una celda que daba a la calle de La Encarnación (hoy Luis González Obregón). Tenía cincuenta y un años. Tal fue su dolor, que sus compañeras de vida conventual mandaron hacerle un retrato póstumo para conservar a su amada fundadora, y aunque las monjas no quedaron conformes con el parecido, conservaron el cuadro; además, se aseguraron de darle un entierro suntuoso: su ataúd fue de cedro, forrado por dentro con hoja de lata y se sepultó delante del comulgatorio de la capilla.



Templo de La Enseñanza

El lector debe saber que María Ignacia no vio construido el Templo de La Enseñanza (que data de 1772). Fue gracias a la priora Ana Teresa Bonstet (quien sustituyó en sus labores a María Ignacia) que se compró un nuevo espacio. De hecho, Ana Teresa pudo iniciar la construcción de este templo con ayuda de una módica cantidad que ganó en la Lotería Real de la Nueva España, y el cual se terminó de construir en seis años con la «limosna» de bienhechores. ¡Vaya, y, aun así, este templo es considerado una joya del barroco! Después, la priora Ana Teresa emprendió un sistema de rifas con apoyo de la Lotería, y con el dinero obtenido pudo ampliar y reedificar por completo aquel primer convento. Es por ello que Ana Teresa es considerada la segunda fundadora de este convento.

Y por si le faltaran virtudes y prosperidad a este colegio, sucedió que sus monjas eran tenidas por las más ilustradas y afables que formaban buenas mujeres, por lo que aquel espacio educativo tuvo gran renombre. Ahí llegaban a él niñas de las principales familias de la Nueva España, lo que permitió que los fondos del colegio crecieran aún más y se vieran menos apretadas en lo económico.

Sin embargo, luego de tantas peripecias, el colegio solo funcionó un siglo. Y es que en 1861, cuando se precisó lo relativo a las órdenes religiosas, en las ya promulgadas Leyes de Reforma, las monjas de La Enseñanza se libraron por un tiempo de ser exclaustradas –entre otros motivos, porque una de ellas era hermana del general liberal Leandro Valle, que movió sus influencias para que las dejaran en su convento–, pero sí debieron albergar a monjas de otros conventos. Continuaron hasta 1867, con la caída del Imperio, cuando el convento se exclaustró y sirvió para otros fines (cuartel general y prisión para los funcionarios del imperio de Maximiliano, Palacio de Justicia –tribunales y biblioteca– y escuela para ciegos).

En este punto de la historia, debemos dar un salto hasta el año 1943. En esta fecha El Colegio Nacional se asentó en parte de aquel edificio; con el tiempo lo ocupó en su totalidad y en 1990 fue remodelado y adaptado para dar paso al edificio actual. ¡Quién lo diría! Este recinto sigue sirviendo para *la enseñanza*, es abierto al público (en general, y ya no solo para niñas) y sus actividades son gratuitas, tal como siempre lo hubieran querido nuestras muy emprendedoras María Ignacia y Ana Teresa. 📍





Anónimo, *De alvino y negra*, siglo XVIII

Miradas en torno a la Alameda

POR ALEJANDRA MURIEL DEL VALLE

El jardín público más antiguo de la ciudad es uno de los recintos más emblemáticos y ha sido inspiración para la creación del patrimonio visual.



José María Velasco, *Un paseo por los alrededores de México*, 1866

EN 1849, EL PERIODISTA Y LEGISLADOR MEXICANO Francisco Zarco escribió: «¿Qué niño en México no ha ido a la Alameda y no se ha sentido allí gozoso y feliz?, ¿qué joven no ha sentido allí vagar su imaginación entregada a dulcísimos delirios, a ensueños de felicidad?». Sirvan estas palabras para dar testimonio de cómo este sitio icónico ha sido fundamental en la historia de la ciudad, pues con el paso de los siglos ha persistido como el escenario de numerosos encuentros sociales, reflejando la diversidad de esta urbe.

Creada en 1592, durante la administración del virrey Luis de Velasco y Castilla, la Alameda fue el primer «paseo» de la capital y del continente americano. En sus orígenes se le dio una forma cuadrangular, aunque de proporciones más pequeñas que las de ahora; en aquel momento también estaba rodeada de una acequia o, como le nombran distintas fuentes históricas, de una «calle de agua». La desaparición

de esta fue una de las primeras transformaciones que experimentó el lugar. Así la describió José María Marroquí en *La Ciudad de México*:

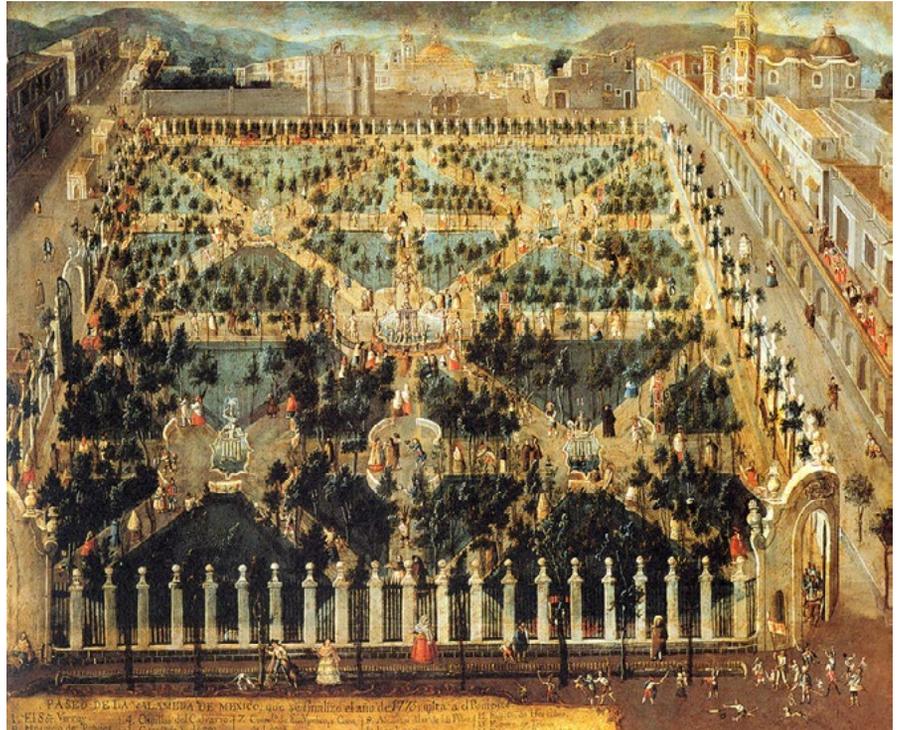
La combinación de sus calles es bastante artificiosa: dos calles perpendiculares a sus lados, que parten de la mitad de ellos cruzándose en el centro, la dividen en cuatro partes iguales; otras dos líneas también perpendiculares a sus lados mayores y seis oblicuas a ellos, dejan toda la superficie del paseo dividida en veinticuatro triángulos, cubiertos de verde pasto. Los puntos de intersección de estas líneas forman siete glorietas abiertas, circulares, rodeadas de asientos de piedra con balaustrada de lo mismo por respaldo y en los extremos de ellas doce glorietas semicirculares con asientos iguales. En los dos lados mayores, del Sur y del Norte, hay asientos de fierro.

Aquí, más que seguir la cronología de cambios de este importante espacio público, queremos resaltar que ha sido una fuente de inspiración para numerosos pintores y artistas visuales. Con pinceles y pigmentos, han sabido captar desde las escenas íntimas y las características del paisaje hasta los personajes que le han dado vida. Quizá la obra más conocida sea la de *Sueño de una tarde dominical en la Alameda*, el mural de Diego Rivera donde aparecen algunos de los rostros públicos del México en el siglo xx, como Frida Kahlo, Lupe Marín, Salvador Novo y el propio pintor, junto a otras figuras como sor Juana Inés de la Cruz y José Guadalupe Posada.

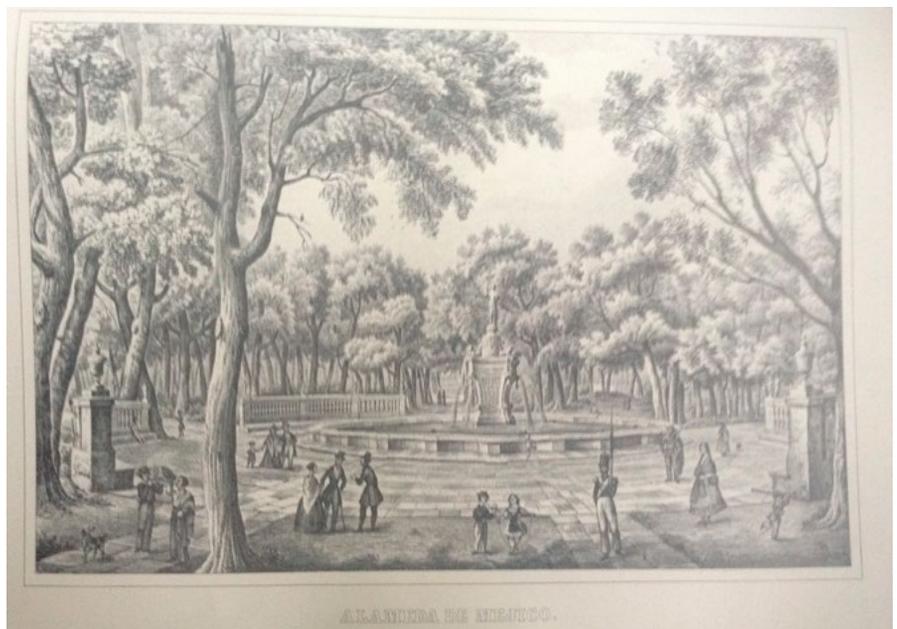
Con toda la atención que atrae este mural, no es la única pieza artística inspirada en la Alameda. Tal vez esta tradición pictórica debamos remitirla a un biombo cuyo autor no ha podido ser identificado, pintado hacia 1650. Se le conoce comúnmente bajo el título de *Vistas de la Alameda y del Palacio de Virreyes*. Es cierto que existen representaciones visuales más antiguas que ya contemplaban este lugar, como el plano *Forma y levantado de la Ciudad de México en 1628*, de Juan Gómez de Trasmonte. Pero aquí nos referimos más estrictamente a imágenes hechas con motivos primordialmente artísticos.

En el siglo XVIII tenemos otra pintura anónima: *De alvino y española produce negro torna atrás*.

Ya por el título queda claro que la obra pertenece a los llamados «cuadros de castas», en los que se representaban las jerarquías sociales, así como las divisiones raciales y económicas propias de la época novohispana. En el primer plano vemos a una pareja mestiza, con un hijo mulato, apostados

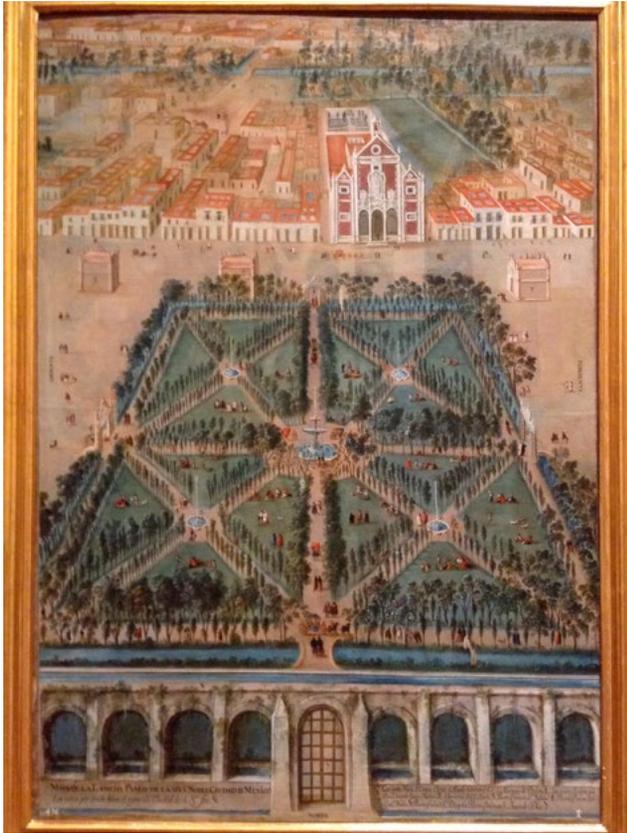


Anónimo, *Paseo de la Alameda*, ca. 1775



Pietro Gualdi, *Alameda de México*, 1841

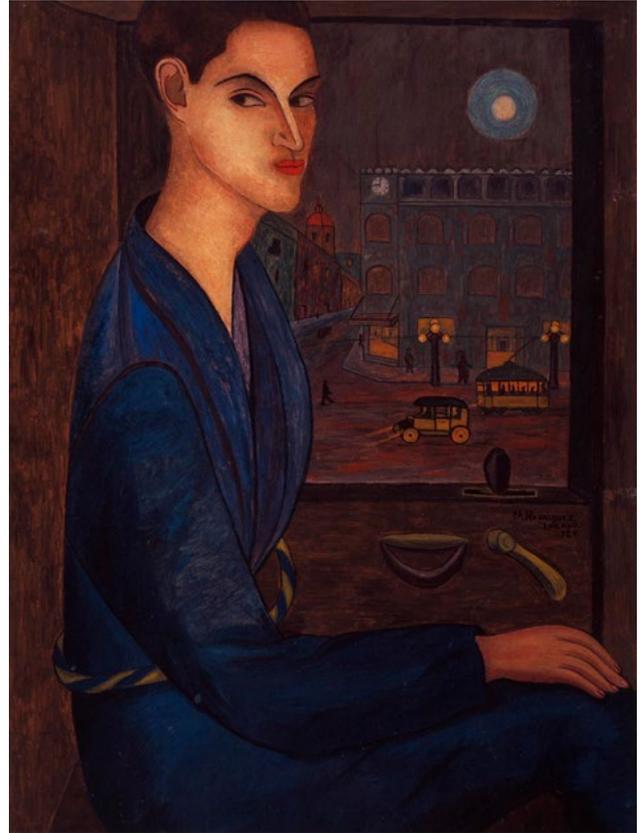
desde la azotea del extinto convento de Santa Isabel (ubicado donde ahora está el Palacio de Bellas Artes). Al fondo se alcanza a ver el templo de San Diego (ahora es el Laboratorio Arte Alameda) y del lado derecho el también desaparecido acueducto de la Mariscalá.



Anónimo, *Mapa de la Alameda*, siglo XVIII

Otra pintura anónima nos muestra a la Alameda, pero vista hacia el sur. Es el *Mapa de la Alameda, paseo de la muy noble Ciudad de México*. En esta imagen vemos el trazo simétrico oriente-poniente del jardín, con sus andadores arbolados. Pero lo más sobresaliente está del otro lado. Se trata del antiguo templo de Corpus Christi, que terminó de construirse hacia 1724 y que hoy es sede del Archivo Histórico de Notarías de la Ciudad de México, por lo que algunas fuentes fechan esta pintura hacia 1725 (aunque algunas aseguran que es de mediados del siglo XVIII).

Pintado en 1775, tenemos otro óleo sin firma que nos da una vista desde las alturas, en dirección al poniente. Aquí alcanzamos a ver la iglesia de San Hipólito, en la parte superior derecha. Del otro lado vemos el inicio de la antigua calle del Calvario, donde hoy está la avenida Juárez. Hay elementos que ya desaparecieron, como el enrejado que marcaba una división, pues este «paseo» era para habitantes de abolengo. Esta pintura, dicho sea de paso, es justo del año en que la Alameda se amplió para alcanzar sus dimensiones actuales.



Manuel Rodríguez Lozano, *Salvador Novo en taxi*, 1924

En el siglo XIX las obras más representativas debieron ser las litografías de Pietro Gualdi (1841) y Casimiro de Castro (1855), así como el óleo del paisajista José María Velasco. Mientras que Casimiro de Castro la retrata desde las alturas, Gualdi y Velasco nos entregan escenas vívidas de sus interiores, con sus fuentes, los fresnos que dan sombra y las personas que ahí se encuentran.

Finalmente, en el siglo XX también existieron distintas representaciones de la Alameda, de la mano de Rivera, que hemos comentado brevemente, o de Juan O'Gorman, entre otros. Por ahora terminamos este recuento con una pintura que Manuel Rodríguez Lozano hizo en 1924: *Salvador Novo en taxi*. Aquí no solo vemos al gran cronista de la capital llegando a la Alameda con un traje azul, sino las transformaciones del paisaje urbano que revelan una ciudad moderna: farolas que iluminan la noche, autos y tranvías, junto a los antiguos templos virreinales que sobresalen por sus cúpulas. La imagen parece sobresaliente porque reúne dos facetas esenciales del Centro Histórico: los rastros de siglos pasados y los signos de la modernidad. 🕒

Irrupción. Manuel Felguérez

Manuel Felguérez fue un pintor y escultor que contribuyó notablemente a la renovación de los lenguajes artísticos en la segunda mitad del siglo xx. Alejado del nacionalismo heredero de la pintura muralista, su obra está centrada más en los lenguajes plásticos, las posibilidades de la abstracción y las búsquedas formales que lo llevaron, junto con otros, a ser reconocido como parte de la Generación de la Ruptura.

Bajo la curaduría de la historiadora del arte Lilia Prado, esta propuesta expositiva hace una puntual revisión de la producción gráfica realizada por Manuel Felguérez a través de cuatro décadas de trabajo, incluida una selección de cuarenta y seis obras entre estampas individuales, carpetas, esculturas y dos óleos.

.....
Museo Nacional de la Estampa (Avenida Hidalgo 39).
Martes a domingo, de 10 a 18 horas.



Foto: cortesía Museo Nacional de la Estampa

Japón: del mito al manga

Desde arte antiguo, animación y origami hasta criaturas curiosas, robots, moda, cine y fotografía, *Japón: del mito al manga* celebra el espíritu lúdico e imaginativo que yace en el corazón de esta cultura. En la muestra se pueden ver obras de famosos artistas japoneses del siglo xix, como Hiroshige, Hokusai, Kunisada y Kuniyoshi, junto con kimonos y pequeños objetos tallados en madera llamados *netsukes*, muy populares dentro y fuera de Japón. También se muestra cómo historias tradicionales japonesas han inspirado a creadores como Satoshi Tajiri (*Pokémon*), Studio Ghibli y Shigeru Mizuki, autor de mangas de monstruos. Estos mitos siguen influyendo en artistas y diseñadores actuales como Keita Miyazaki, Mariko Kusumoto, Noritaka Tatehana y Yuken Teruya.

.....
Museo Franz Mayer (Avenida Hidalgo 45).
Martes a domingo, de 10 a 17 horas.



Foto: cortesía Museo Franz Mayer



Inscripciones

A lo largo de su trayectoria, la práctica del artista Said Dokins se ha enfocado en la escritura como herramienta crítica para intervenir el espacio público y explorar las memorias urbanas.

A partir de técnicas y medios diversos –como intervenciones en muros, fotografías lumínicas y muestras de agentes biológicos–, las obras de esta exposición señalan y enfatizan la tensión entre signo y superficie, presencia y borradura, en distintas escalas y lenguajes. Todas ellas comparten un interés particular por el cuerpo como instrumento de inscripción y el espacio público como un campo en constante reconfiguración, tanto material como simbólica.

.....
Laboratorio Arte Alameda (Dr. Mora 7). Martes a domingo, de 9 a 17 horas.



A 40 años de los sismos de 1985

El Museo Archivo de la Fotografía presenta una exposición conmemorativa que recupera, a través de imágenes documentales, la memoria de uno de los momentos más significativos en la historia reciente de la Ciudad de México. Esta muestra rinde homenaje a la solidaridad, el dolor y la reconstrucción que marcaron a toda una generación desde una mirada humana y sensorial, más allá del impacto estructural: resaltar el espíritu transformador de la sociedad civil tras el desastre.

La exposición busca preservar la memoria colectiva del 19 de septiembre: no solo como tragedia, sino como acto definitorio del fortalecimiento comunitario y urbano, impulsando la reflexión sobre el papel de la sociedad civil.

.....
Museo Archivo de la Fotografía (República de Guatemala 34). Martes a domingo, de 10 a 17 horas.



Fiesta acuática mexicana

Con la curaduría de Caty Cárdenas y Dafne Cruz, esta exposición forma parte de una serie en la que se presentarán las obras emblemáticas de la colección de pintura Banamex. La muestra tiene como eje rector la obra *Día de San Juan* de Julio Castellanos, la cual dialoga con trece piezas de destacados artistas como Leopoldo Méndez, Lola Álvarez Bravo, Agustín Víctor Casasola, Fernando Beltrán y Adolfo Best Maugard.

Estas obras documentan y reinterpretan de manera visual la vida en balnearios y espacios recreativos, en un periodo en que el gobierno mexicano impulsaba políticas culturales orientadas al bienestar social y la construcción de ciudadanía.

.....
Foro Valparaíso (Venustiano Carranza 60). Miércoles a domingo, de 10 a 18 horas.

El Centro por día

SEPTIEMBRE 2025

MIÉRCOLES 3 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN



MURAL SUEÑO DE UNA TARDE DOMINICAL EN LA ALAMEDA CENTRAL

Museo Mural Diego Rivera (Balderas s/n esquina Colón). \$45.

MIÉRCOLES 3 | 17 HORAS

EXPOSICIÓN



DISECCIÓN DE LA MEMORIA

Academia de San Carlos (Academia 22). Gratis.

JUEVES 4 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

BI XA RA NDUMUI, AYA P'AMPAY. ENTERRAR UN CADÁVER / SUSPENDER LA AFLICCIÓN

Ex Teresa Arte Actual (Lic. Primo Verdad 8). Gratis.

VIERNES 5 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN



EUFLOVIA. ESPLENDOR FLORAL EN LA COLECCIÓN KALUZ

Museo Kaluz (Av. Hidalgo 85). \$60.

SÁBADO 6 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

MÉXICO A TRAVÉS DE LA MIRADA
Palacio Postal (Tacuba 1). Gratis.

DOMINGO 7 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

JARDÍN IMAGINADO
Museo de Arte Popular (Revillagigedo 11). Gratis.

LUNES 8 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

DIEGO Y FRIDA: UN UNIVERSO
Librería Porrúa (Argentina 15). \$280.

MIÉRCOLES 10 | 9 HORAS

EXPOSICIÓN

DEBORAH CASTILLO: GRAN BASAMENTO

Laboratorio Arte Alameda (Dr. Mora 7). \$45.

JUEVES 11 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

LILIA CARRILLO. TODO ES SUGERENTE

Museo del Palacio de Bellas Artes (Av. Juárez s/n esquina Eje Central Lázaro Cárdenas). \$95.

VIERNES 12 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN



[DES]ORDENAR LA COLECCIÓN DESDE EL GÉNERO

Museo Nacional de San Carlos (México-Tenochtitlan 50, Tabacalera). \$70.

SÁBADO 13 | 18 HORAS

TEATRO

LA CAÍDA DE MÉXICO-TENOCHTITLÁN 2025. ¿VALE LA PENA CONMEMORAR ESTA FECHA?

Teatro del Pueblo (Venezuela 72). \$145.

MIÉRCOLES 17 | 19 HORAS

CINE

MUERTEMORFOSIS - LEX ORTEGA

Centro Cultural de España en México (Guatemala 18). Gratis.

JUEVES 18 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

OBSESIONES EN MOVIMIENTO. CAUDAL GRÁFICO DE GILBERTO ACEVES NAVARRO

Museo Nacional de la Estampa (Av. Hidalgo 39). \$70.

VIERNES 19 | 13 HORAS

LECTURA

CLUB DE LECTURA

Museo del Telégrafo (Tacuba 8). Gratis.

SÁBADO 20 | 19 HORAS

TEATRO

MACCÚS

Teatro de la Ciudad Esperanza Iris (Donceles 36). \$165-\$367.

DOMINGO 21 | 13 HORAS

VISITA GUIADA

MUJERES QUE DEJARON HUELLA EN EL PANTEÓN SAN FERNANDO

Museo Panteón San Fernando (San Fernando 17). Gratis.

MARTES 23 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

CALAVERA MEXICANA. SÍMBOLO DE VIDA

Museo de la Mujer (Bolivia 17). \$20.

MIÉRCOLES 24 | 19 HORAS

CINE

EL GABINETE DEL DR. CALIGARI

Museo de las Constituciones (Del Carmen 31 esquina San Ildefonso). Gratis.

JUEVES 25 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN



FRENTE A LA CÁMARA. APROXIMACIONES AL RETRATO FOTográfico

Centro de la Imagen (Plaza de la Ciudadela 2). Gratis.

VIERNES 26 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

ALAS DE TALAVERA

Museo de la Ciudad de México (Pino Suárez 30). \$44.

SÁBADO 27 | 10 HORAS

RECORRIDO

CAPILLA, MUSEO Y PATIOS DEL COLEGIO VIZCAÍNAS.

Museo Vizcaínas (Vizcaínas 21). \$160.

DOMINGO 28 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

ENTRETEJIDAS, ELLAS EN EL ARTE CONTEMPORÁNEO

Palacio de Minería (Tacuba 7). Gratis.

DOMINGO 28 | 13 HORAS

DANZA



SUEÑO VAGABUNDO

Foro A Poco No (Cuba 49). \$227.

PROGRAMACIÓN SUJETA A CAMBIOS

¡Llegaron las fiestas patrias!

Hoy hay verbena en la Plaza de la Constitución, a la que también conocemos como el Zócalo.

- Vino mucha gente para celebrar. ¡Y mira cuánta comida! Hay algo para todos los gustos:
- Antojitos: elotes y esquites, tamales, pambazos, flautas, pozole.
- Bebidas: aguas frescas, tepache, atole, chocolate.
- Dulces: chamoy, algodón de azúcar, arroz con leche, raspados, cocadas.
- Pan: churros, orejas, conchas, cocol de anís, garibaldis.

¡Encuentra estas delicias y fíjate si hay algo que no está en la lista!





